Los Albatros

Por Yann Nibor

Arrastrados por el viento, entramos en el cabo de Hornos sin reparar en obstáculos.
La fragata de contrafoque alcanzaba en la corredera sus tres nudos cuando el patrón del bote mayor, izado bajo los aparejos de babor, al volver de amarrarlo, fue arrollado por un golpe de mar. Un hombre cortó en seguida la punta de cabo que mantenía a la boya en alto, y ésta se precipitó en el agua cerca del nadador que se aferró de ella.
El capitán mandó orientar a sotavento la caña del timón y bajar el foque cuando el viento fuera adverso, pero ante aquella tromba del infierno, se vio en necesidad de consultar de prisa al almirante.
Le preguntó si había que equipar un bote para salvar al hombre que se había caído al mar.
El almirante, viendo semejante tempestad, respondió al tiempo que subía:
–¡Oh, no! Hay demasiado viento, demasiado mar, demasiada bruma. Eso sería tanto como perder quince hombres a cambio de uno. ¡Vamos, izad de nuevo nuestro foque! ¡Avante, marineros!
Lo cierto es que tenía razón. Se levantaban olas del tamaño de una casa, que nos obligaban a marchar de través y se llevaban todo al mar.
Luego, la tromba hizo que diéramos marcha atrás, alejándonos de aquel pobre diablo, quien, colgado de la boya, nos hacía señas de que fuéramos en su busca.
Pero ante aquella maldita tromba sólo nos quedaba huir y no fue precisamente a nosotros a quienes vio acercarse, sino a un bando de enormes albatros blancos, sedientos de carne fresca y de sangre.
Como lo veíamos debatirse de cuando en cuando, solo contra todos los pájaros, el almirante preguntó:

Yann Nibor nació en 1857 en Saint-Malo y murió a comienzos de este siglo. Su verdadero nombre era Albert Robin. De una familia de marineros se habituó desde muy niño al mar y los pescadores, por lo que se hizo grumete-marino. Probó fortuna despues en Paris como cantante de Café-Concert, y se convirtió en el *chantre* de la vida nacional.

Traducción de José Luis Bi...

–¿Cuál fue el calafate al que se le ocurrió cortar la boya con este tiempo?

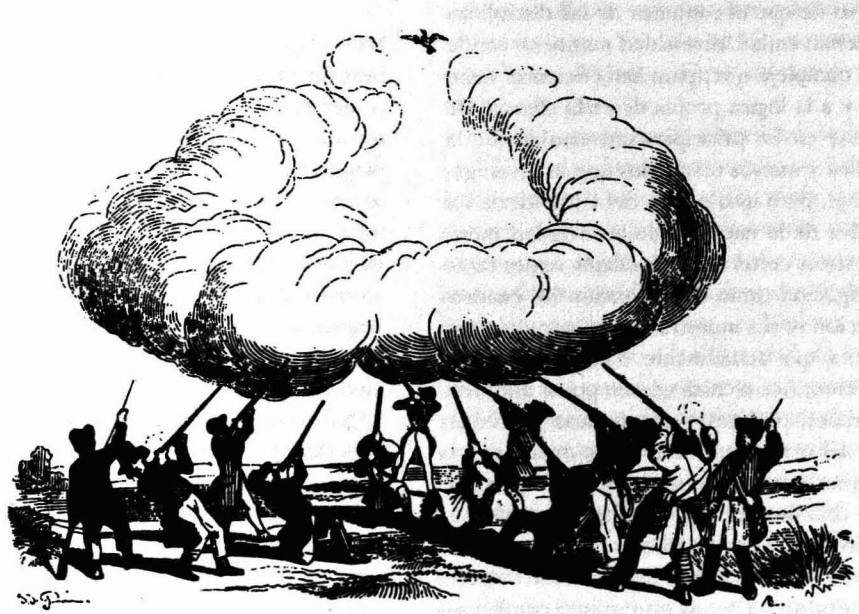
Luego agregó:

–¡Timonel! ¡Mándame al capellán!

El capellán no tardó en presentarse, provisto de todo lo necesario para dar su bendición, y, con la vista puesta en el pobre tipo, nos dijo la plegaria de los moribundos.

Y mientras los viejos hermanos sollozaban, los cochinos glotones, allá abajo, se atracaban.

Y así que esos voraces estuvieron hartos, no quedaba ninguna podre del pobre diablo, sólo su esqueleto sobre la boya.

Entonces la bandada de albatros echó a volar, contentos de llevar llena su panza. De mi marinero, los sucios albatros sólo dejaron sus pobres huesos.

Hombres de tierra firme, cuando la mar está picada, ¡rogad por los pobres marineros!◊